





PRÓLOGO: MORTALIS VICIUM

Odio a mi señor con toda mi alma. Tan arrogante. Tan honesto. Un desperdicio de su aristócrata posición. Era el gobernante local de esta región, un barón cuyo padre había sido barón antes que él. Alguien podría pensar que este tipo de linajes gestaría un mando genuino. No era así. Bajo la influencia del Cristianismo, esa maldición transmitida por Roma, utilizaba su poder para oprimirnos. Y teníamos que ocultar nuestras creencias de él, simulando rezar a sus santos durante el día, pero rememorando a la luna de noche.

Pero su religión aún no había ganado la batalla. Además de nuestras propias prácticas secretas, había alguien en la ciudad que ostentaba un verdadero poder. Un mago del continente, alguien que exploraba el conocimiento prohibido y que podía doblegar el mundo a su voluntad. Aseguraba ser un miembro de una antigua orden, cuyas raíces se extendían hasta el legendario Egipto, muy hacia el sur. Me fascinaba.

Le observaba mientras recogía plantas y minerales para su alquimia. Luego volvía a su vieja fortaleza de la que era el único inquilino, abandonada hace ya mucho tiempo por los romanos y rehuida por los locales. Parecía perfectamente feliz viviendo en un lugar al que se consideraba maldito.

Un día, reuniendo todo el valor que pude, le visité, con la sana intención de que me permitiera servirle en cualquier cosa que precisara. Estaba ansioso por presenciar sus secretos, contemplar cómo transmutaba el mundo a su propia conveniencia con una sola palabra y un gesto ritual. Se burló y me dijo que me fuera a casa, argumentando que era demasiado viejo para aprender algo de él.

—¿Veinte años? Eres demasiado viejo para aprender algo nuevo. ¡Márchate!

Me mantuve alejado. Hasta que un día deambuló demasiado lejos de su casa en su búsqueda de componentes. Le seguí, oculto entre los árboles. La noche cayó a plomo y él se detuvo a descansar.

Unos bandidos aparecieron. Pronunció una extraña palabra en un profundo tono de voz que no parecía el suyo, y tres de ellos huyeron. Uno, sin embargo, se quedó. Levantó su espada para golpear, pero yo atacé primero. Mi garrote le rompió el cráneo y cayó redondo sobre el sendero cenagoso. Sólo entonces

reconoció Fornax mi valía. Asintió con la cabeza y me tomó del hombro, llevándome junto a él ante la urgencia de volver a casa. Desde entonces, le serví, actuando como guardaespaldas y recolector de hierbas siempre que se encontraba demasiado cansado para ir a buscarlas por sí mismo. Aprendí mucho de estas excursiones, pero aún tenía sed de conocimientos. Aunque su conducta era brusca y se negaba a compartir su sabiduría conmigo, llegué a quererle como a un abuelo.

Y no pude permanecer impassible ante la visita del mezquino Lord Selwyn y su senescal (siempre acompañados de sus leales guardias) que aseguraban sentir un gran respeto por el gran Fornax, muy famoso incluso en el norte de Inglaterra. Pero en realidad sólo querían su poder. Al parecer el noble había tenido una visión de Dios. Viajaría a Tierra Santa y recuperaría Jerusalén en nombre de toda la Cristiandad. En su visión, portaba una espada, un objeto de inmensurable poder, capaz de cortar el acero con tanta facilidad como la carne. Con dicha espada, podría cumplir su destino y devolver la gracia de Dios a Tierra Santa, expulsando a los paganos y sarracenos de ella.

Y por ese motivo acudió a presencia de Fornax, el único hombre que podía entregarle una espada de ese calibre. Le pidió que forjara este objeto en su nombre, prometiéndole una fortuna en oro a cambio de su servicio. Su "petición", no obstante, sonaba a exigencia. Con su círculo de soldados bien armados y en actitud desafiante, el precio de la negativa era evidente.

Fornax aceptó, aunque podía percibirse la ira en sus ojos. Advirtió que la forja se llevaría a cabo en un mes de luna llena. Un arma de tal majestuosidad no podía crearse a la ligera, y el lanzamiento de este conjuro le costaría una elevada cuantía de su poder, sin mencionar el peligro que correría su salud. Aun así, Fornax accedió a hacerlo con la condición de que el barón usara la espada sólo en su guerra por la reconquista de Tierra Santa.

Tras su partida, Fornax me llamó.

—Ah, Math, estamos malditos —se lamentó, contemplando por la ventana a algún espectro aéreo que sólo él podía ver—. Pero ha de hacerse. No hay vuelta atrás. Ve y encuentra a un herrero, el mejor de la zona. Uno que no tema forjar una espada conmigo.

—No será fácil, señor —musité—. Pocos hombres desean relacionarse con vuestro arte. No obstante, iniciaré la búsqueda y os traeré al más idóneo.

—Bien, bien. Y necesito la ayuda de otra persona. ¿Conoces a la Vieja Sylvie?

—¿La lunática? ¿Y quién no? ¿Pero de qué os puede servir?

—Su conocimiento herbario es mayor que el mío. Y sabe dónde se exponen las escasas vetas minerales, las piedras que pueden molerse en un fino polvo. Ve, encuéntrala y tráela hasta aquí.

Y lo hice. Primero visité a Johann Kerr, un herrero a dos pueblos de distancia. Conocía a su familia, y él a su vez se relacionaba con la mía. Fue mi madre, como comadrona, la que ayudó a la suya a traerle a este mundo y a fortalecerle de joven con sus recetas caseras.

—No —negó tajante—. No lo haré. Ese Fornax es un hombre extraño, he oído cosas muy raras sobre él. No está en nuestras manos crear espadas mágicas, Math; ese poder sólo está reservado a los dioses.

—Si no le ayudas, el barón le matará —expliqué—. Además, os perjudica, a ti y a tu familia, imponiendo sus devociones en nombre de su tiránico Cristo. Si consigue la espada, partirá de estas tierras, y quizá para siempre, si la suerte nos es propicia. ¿No es motivo suficiente?

Johann negó con la cabeza, dubitativo, pero la posibilidad de librarnos de alguien como el barón fue más que un simple argumento para él. Aceptó.

Lo siguiente fue buscar a la Vieja Sylvie. Me llevé dos días, tan difícil era de localizar. Siempre merodeando cuando su compañía no era deseada, pero elusiva cuando se la necesitaba. Finalmente, oí su austera voz en la fisonomía de una canción procedente de un claro lejano. Me acerqué con extrema lentitud.

—¿Sylvie? —exclamé. Dejé de cantar y se quedó mirándome como si fuera un bandido—. Tú me conoces, Sylvie. Math, de la aldea. Ayudaste a mi madre una vez, cuando casi pierde a un niño. Tus hierbas consiguieron que se aferrara a la vida.

Ella sonrió y soltó una carcajada, sacudiendo su pelo enmarañado de un lado para otro.

—Math, joven Math. El ayudante del hechicero. ¿Por qué no le robas su poder ahora que has adquirido el suficiente?

—¿Robar? Sirvo a Fornax, no le robo. Y pide que le sirvas tú también, pues conoce tu sabiduría en cuestiones de plantas y minerales.

Por un breve momento, podría jurar que sus ojos me miraron con un brillo de astucia que hasta entonces jamás había visto. Pero pasó y su desenfocada mirada regresó a su semblante, como una nube cruzando el sol.

—¡Lo haré, lo haré, lo haré! —accedió, bailando en círculos—. ¡Ayudaré a Fornax de nuevo, y él me dará un regalo!

La guié de vuelta a la fortaleza, y ella y Fornax hablaron durante muchas horas en su estudio. Mantenía cerrada la puerta, por lo que no pude oír nada a través de su espesor. Apenas podía imaginar qué clase de sabiduría percibía en sus balbuceos.

Poco después comenzó la forja. Lord Selwyn exigió estar presente, y Fornax aceptó reluciente. Vino acompañado por un sacerdote, un hombre que había viajado a Tierra Santa. El eclesiástico era el origen de los deseos del barón por ir allí, deseos ahora reforzados por su reciente visión. Vestía de forma simple, nada ostentoso para alguien de su posición, pero deambulaba por la fortaleza con una mirada de profundo disgusto.

—Mi señor, os lo suplico —intervino, justo al mismo tiempo en que Johann comenzaba a avivar las llamas de la vieja forja—. Esto no está bien. Si Dios Nuestro Señor os concedió una visión de una espada sagrada, estad bien seguro de que os la entregará por otros medios. Este... este *brujo* sólo os entregará un arma maldita.

—Silencio, Padre Galen —ordenó el barón, con la mirada fija en las llamas—. Sé lo que estoy haciendo. Si no deseáis presenciar esto, marchaos. Pero estoy convencido de que, con esta hoja, conquistaré el mundo en nombre de Dios.

Esta última afirmación pareció consternar al sacerdote aún más, pero permaneció callado y siguió deambulando por la estancia, no sin dejar de estar al acecho.

Entre los martillos de Johann y las risas estridentes de Sylvie, meforcé por comprender las palabras que Fornax murmuraba mientras evocaba su poder. Podía percibir el vello de mis brazos de punta al cargarse el aire de energía tormentosa, y sentí como si un rayo fuese a caer en cualquier momento. Como se me indicó antes de la forja, situé ciertas clases de incienso sobre las velas y traje unos cuencos llenos de polvo que Fornax había molido previamente de unos minerales. Una vez en su poder, los esparció sobre la materia prima, metal derretido durante su moldeado, fortaleciendo su poder con el suyo propio.

Fue una labor sofocante, y muy larga. Incluso con todas las ventanas abiertas, nos vimos bañados en sudor. El barón no tardó mucho en marcharse, y su sacerdote con él. Su senescal, empero, permaneció vigilante ante todo el proceso.

Mientras la luna llena ascendía con la llegada del crepúsculo, Johann sofocó la hoja incandescente en una tina de agua. El vapor brotó de ella, pero se disipó en breve. Era la hoja más hermosa que había visto en mi vida. Por toda su superficie se distinguían glifos y marcas de poder. No habían sido talladas por Johann, sino que habían surgido sobre el metal con cada aplicación de los polvos y cánticos de Fornax.

Tras acoplarla el pomo y la empuñadura y sopesarla, Johann sonrió.

—Nunca había fabricado una espada tan finamente equilibrada —declaró—. Es una lástima que se utilice para este fin.

El senescal le miró encolerizado y extendió su mano.

—Dámela. Yo se la entregaré a nuestro señor.

—Aún no está lista —intervino Fornax, tomando la espada y guardándola en la vaina que yo había tejido antes—. Hay algo que debo hacer primero. Solo.

Cogió su bastón y salió del edificio en dirección al bosque.

El senescal se dispuso a seguirle, pero le rogué que se quedara, asegurando que el trabajo debía ser completado en privado. Me dedicó una mirada furiosa y se marchó, pero hacia la ciudad, lejos del bosque. No obstante, mi preocupación creció por momentos y me atreví a seguir el rastro de Fornax al interior de la espesura. No tardé en oír el sonido de alguien siguiéndome. Oculto en las sombras del sendero, distinguí a dos hombres con capas oscuras pasar de largo: el barón y su senescal. ¿Acaso temían que Fornax les traicionara? Escondiéndome de árbol en árbol decidí desentrañar el propósito de su excursión.

Pronto, el sendero desembocó en un claro, bajo plena luz lunar. Los dos hombres se ocultaron tras unos arbustos mientras observaban algo.

Fornax había depositado la espada sobre una roca plana, y murmuraba sobre ella. La luz de la luna iluminaba con intensidad; de hecho brillaba en demasía. Un intenso rayo, tan brillante que no se podía mirar directamente, descendió de la propia luna en línea recta sobre la espada. Tan rápidamente como había aparecido, desapareció. Unas voces comenzaron a filtrarse en el claro, y pude distinguir movimientos en el aire. Pequeños seres alados danzaban en la brisa y flotaban sobre el arma, riendo como campanillas tintineando. Creí oír la voz de Sylvie cacareando entre las mismas, pero no pude verla por ninguna parte.

Fornax contempló el espectáculo en silencio y golpeó el suelo tres veces con la base de su bastón. Los pequeños bailarines se desvanecieron. La noche permaneció tranquila y sosegada.

Los dos hombres avanzaron hasta exponerse bajo la luz de la luna. Fornax se volvió hacia ellos. No parecía sorprendido.

—Tomaré la espada ahora —anunció el barón.

—Adelante —accedió Fornax—. Estoy demasiado débil para discutirlo con vos. Pero sabed que vuestra acción tiene un nombre.

El noble le ignoró y recogió la espada de la piedra con respeto, balanceándola para probar su peso. Le oí contener la respiración ante un cierto temor reverencial.

—Es... magnífica. Con ella, alcanzaré la gloria en nombre de la Cristiandad. —Dicho esto, descargó la espada sobre la piedra. Ésta se hizo añicos como si fuera madera podrida. Soltó una carcajada y se volvió hacia Fornax, apuntando el arma contra él.

—Y ahora, viejo, tu recompensa. —Levantó la espada, listo para golpear al hechicero.

—Tan predecible... —se lamentó Fornax—. Esperaba que Math estuviese equivocado. Pero ya veo que no. Peor para vos.

Estas últimas palabras no iban dirigidas a Lord Selwyn sino a mí. Levanté mi brazo derecho y pronuncié las palabras que mi padre me había enseñado, palabras de poder entregadas por los dioses y transmitidas por su madre. El aire crepitó al compás del viento, rugiendo ferozmente en torno al señor y a su senescal. La hierba voló en remolino, dificultando aún más su visión. Levanté mi brazo izquierdo y un muro de espinas brotó entre Selwyn y Fornax.

Selwyn aulló de ira y acuchilló a ciegas con la espada. Maldijo esa hoja, y a Fornax por haberla creado. Desgarró las gruesas espinas como si sólo fueran aire y hendió parte de la mejilla del mago. Éste gritó y se agachó para evitar otra mordedura del arma.

Salí de mi escondite, con una gruesa rama entre las manos. Si la magia no podía detenerle, tal vez la fuerza bruta lo hiciera. Incluso a través de la hierba arrastrada por el muro de viento, me vio llegar y se giró para enfrentarse a mí.

Antes de que pudiera fingir lo suficiente para golpearme, estalló en llamas. Di un traspié atónito ante el horror de su cuerpo ardiendo y el calor

que despedía. Se flageló para extinguir el fuego pero no lo consiguió. Finalmente, cayó al suelo, una masa de cenizas ennegrecidas.

El senescal se recuperó con presteza de su propia conducta y recogió la espada del suelo, ignorando las cenizas que ondulaban de ella. Corrió por el sendero del que había venido y se marchó.

Me precipité sobre Fornax y le ayudé a ponerse en pie.

—¡Incluso después de gastar tanto de vuestro poder en la forja, aún os sobran fuerzas para quemarle!

—No —negó Fornax, mirando en derredor—. No fui yo. Debe de haber otro mago en las cercanías.

Ambos le vimos mientras salía lentamente de su escondite entre los árboles. El padre Galen nos devolvió la mirada, con lágrimas en sus ojos.

—No podía permitir que cometiera tal perfidia. No era apto para portar el estandarte de Dios en las Cruzadas. Que Nuestro Señor me perdone por lo que he hecho.

—Puede que lo haga —le dije—, pero no debemos quedarnos aquí por más tiempo. El senescal dará la voz de alarma.

—Sólo mientras pueda resistir la maldición de la espada —añadió Fornax—. Pero tardará un tiempo. Debemos irnos.

—¿Maldición? —rezongó Galen—. ¿Creasteis una espada maligna?

—¿Maligna? En absoluto —aclaró Fornax—. La encanté de tal forma que su portador recibiera diez veces lo que entregara a los demás. Si es esgrimida honradamente, su dueño recibirá recompensas. Si se esgrime con furia o avaricia, ira y miseria serán sus regalos. De ahí su nombre, Mortalis Vitium: "Defecto Mortal".

Galen no respondió; sólo asintió con la cabeza.

—Será mejor que vengáis con nosotros —musité, aunque odiaba tener que hacerlo—. Es muy probable que os culpen por esto si os encuentran aquí.

—Sí —corroboró Fornax—. Sin duda la providencia ha querido que los cuatro nos reuniéramos aquí.

Me cuestioné sus palabras, pues yo sólo contaba a tres.

—Yo... sí, iré —accedió Galen—. Largos han sido mis viajes hasta ahora, y largos serán de aquí en adelante. Os he juzgado erróneamente y me gustaría compensaros.

Fornax asintió con la cabeza y entonces exclamó:

—¿Sylvie? ¿Trajiste mis cosas?

Sylvie salió bailando de los árboles mientras guiaba un poni cargado de bolsas de viaje.

—Lo hice, lo hice, lo hice. Winnie las lleva por ti, lo hace. Se lo agradece, ¿verdad?

Fornax sonrió y sacudió la cabeza.

—Gracias, noble montura, por transportar mis pertenencias. —Luego nos miró a los demás—. Bien. ¿Nos vamos? Tú conoces estos bosques mejor que nadie, Sylvie. ¡Abres la marcha!

—¡Sí, sí, sí! —asintió, girando en círculos y dirigiéndose hacia un pequeño sendero que cruzaba el claro desde un extremo entrante—. Hacia el valle, con nuestros amigos los animales. ¡Es nuestro sino!

Fornax me asió por el hombro, pues permanecía boquiabierto, asombrado ante la conducta de Sylvie. Era mucho más de lo que nunca habría sospechado. Fornax, sin embargo, conocía su secreto. De nuevo, admiré su sabiduría y supe por qué buscaba aprender de él. Mis propias costumbres estaban muy arraigadas, siempre las practicaría, y algún día las transmitiría a mis propios hijos. Pero también deseaba conocer más secretos de Fornax, pues me sorprendían incesantemente.

Fornax me guió por el sendero mientras el hechicero seguía las risas estridentes de Sylvie, y Galen hacía lo propio a nuestras espaldas.

